

doy y no á una esclava; y á vos, esposa, un compañero y no un objeto de caprichos.

Dios os haga felices y os llene de su santo amor.

ROCIOS.

(DE SULLY-PRUDHOMME.)

Sueño, y en tanto pálido el rocío De mudas perlas la llanura esmálta, Y moja el terciopelo de las flores...

¿De dó viene mi llanto hoy que mi vida Es todo luz como en la tarde diáfana? Antes de que en mis ojos lo sintiera...

F. RIVAS FRADE.

Bogotá, 1893.

DOS VICTIMAS.

Por centésima vez entablaron reñida lucha en el cerebro de Carlos la pasión avasalladora que convertía su sangre en ardiente lava y el amor tranquilo y puro que llenaba su espíritu de goces inefables.

Allí estaban ocupando por completo su imaginación, las imágenes de dos mujeres que se disputaban su cariño: Mercedes, la hermosísima morena prototipo de la belleza sensual...

Clavaba en él la primera sus negros y rasgados ojos, sus ojos deslumbradores como el sol; contemplábase la segunda con daltura infinita, dejando asomar á sus pupilas un resplandor semejante al del primer crepúsculo de un día primaveral.

—Mercedes te ama, y tu vida, con el amor de Mercedes, será un vértigo de felicidad jamás interrumpido. Sus miradas enneguecedoras, sus apasionadas frases te proporcionarán placeres incabables...

—¿Cómo! ¿serás capaz de dejar en el abandono á tu primer amor, á la inocente niña que te adora como adorará á su Dios las iluminadas de todas las religiones?

—No seas tonto, no seas imbécil. Al lado de Esperanza no pasarás nunca de la categoría de hombre desconocido. Al lado de Mercedes podrás brillar desde el primer día.

—El amor ideal quedó derrotado por el amor de los sentidos. La imagen de Esperanza fué empequeñeciéndose en tanto que la de Mercedes se agrandaba llenando por completo la imaginación donde acababa de librarse batalla tan ruda.

Fué el recuerdo de ella el único que quedó en el cerebro de Carlos cuando á causa del desequilibrio de sus facultades mentales, le trasladaron desde el calabozo del establecimiento correccional á la celda de un manicomio.

Porque aquella pasión maldita convirtió al hombre honrado en miserable delincuente. Para adquirir el oro que necesitaba su idolo, se valió de medios que tienen sancion penal en la ley escrita.

Los encargados de velar por el cumplimiento de esta última, condenaronle á una porción de años de presidio. Carlos oyó la lectura de la sentencia, quedose como petrificado durante algunos segundos, y después, con ojos muy abiertos, con el cuerpo agitado por terribles sacudidas nerviosas, cayó de rodillas gritando: —¡Esperanza!... ¿dónde estás?...

Y en el manicomio, al amanecer y al anochechar, en esos momentos en que la luz combatida con la sombra, en esos momentos en que se inunda el alma de dulce melancolía, arrojábase el alienado y gritaba con voz aguda, penetrante: —¡Esperanza!... ¿dónde estás?...

—¡Esperanza!... ¿dónde estás?... Veo el resplandor de tus hermosos ojos, pero no te veo á tí... ¡Esperanza!

Todos escuchaban indiferentes los gritos del pobre loco... ¡No, todos no! Una hermana de la caridad, joven, rubia y de facciones angelicales, una hermana á quien el médico director—impenitente—materialista—puso el membrete de ángel bueno, siempre que Carlos gritaba se estremecía y haciendo grandes esfuerzos para ahogar los sollozos que pugnaban por salir de su garganta, quedabase inmóvil, en la actitud del que se extasia mirando el punto del horizonte sensible en donde, al parecer, se besan el cielo y el mar...

TOMAS CAMACHO.

LOURDES.

Aquí, junto á la Ninive cristiana, Donde un pueblo, sensual como Oiteros, Dijo al Dios de los Cielos: «hoy tú mueres Y resucita Véus soberana;» Donde una ciencia, como Atila insana, Dice al humano espíritu: «¡polvo eres!» Y en su lecho de vicios y placeres Sueña en el polvo perecer mañana; Aquí desciendo, cual las nubes blanca, De azul ceñida y con la faz sin velos A grata de salvaje lozanía, Virgen que al hombre y aun á Dios arranca Esa voz de la tierra y de los cielos, La más dulce entre todas: Madre mía!

¡Lourdes! revelación que al orbe agita, En este siglo de codicia y fería, De un mundo superior á la materia, De una celeste América infinita; ¡Lourdes! la triple, universal ermita, Donde la duda cabizbaja y seria Siente rubor y llora su miseria, Cual bajo nieves el volcan palpita; Roca vetusta adonde en ancha tropa Corren los pueblos en falange unciya, A los ojos atónitos de Europa; Y en procesiones de impotencia viva Vactan aquí de su fervor la copa, Ojos en tierra y pensamiento arriba.

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ.

FEBEA.

Febea es la pantera de Neron. Snativamente doméstica, como un enorme gato real, se echa cerca del César neurótico, que le acaricia con su mano delicada y viciosa de andrógino corrompido.

Bosteza, y muestra la flexible y húmeda lengua, entre la doble fila de sus dientes finos y blancos. Come carne humana, y está acostumbrada á ver, en la mansión sinistral del semidios de la Roma decadente, tres cosas rojas: la sangre, la púrpura y las rosas.

Un día, lleva á su presencia Neron á Leticia, nívea y joven virgen de una familia cris-

tiana. Leticia tenía el más lindo rostro de quince años, las más adorables manos, finas, rosadas y pequeñas; ojos de una divina mirada azul; el cuerpo de un efebo que estuviese para transformarse en mujer, digno de un triunfante coro de exámetros, en una metamorfosis del poeta Ovidio.

II

Neron tuvo un capricho por aquella mujer: deseó enamorarla por medio de su arte, de su música y de su poesía. Muda, incommovible, serena en su casta blancura, la doncella oyó el canto del formidable imperator que se acompañaba con la lira; y cuando él, el artista del trono, hubo concluido su canto erótico y bien rimado, según las reglas de su maestro Séneca, advirtió que su cautiva, la virgen de su deseo caprichoso, permanecía muda y cándida, como un lirio, como una púdica vestal de mármol.

Entonces el César, lleno de despecho, llamó á Febea y le señaló la víctima de su venganza. La fuerte y soberbia pantera llegó, esperezándose, mostrando las uñas brillantes y filosas, abriendo en un bostezo despañoso, sus anchas fauces, moviendo de un lado á otro la cola sedosa y rápida.

Y sucedió que dijo la bestia: —¡Oh, emperador admirable y potente! Tu voluntad es la de un inmortal; tu aspecto se asemeja al de Júpiter; tu frente está ceñida con el laurel glorioso; pero permíteme que hoy te haga saber dos cosas: que nunca mis zarpas se moverán contra una mujer que como esta, derrama resplandores de estrella, y que tus versos, cáctilos y pirriquios, te han resultado detestables!

RUBÉN DARÍO.

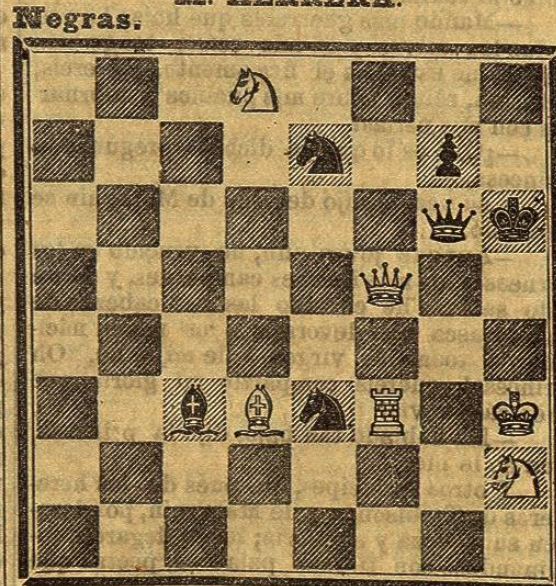
SONETO.

Un destello de luz sobre la mente, Una llama de Amor dentro del pecho, La Fé y la Caridad son mi derecho, La Esperanza mi espada reluciente. Soldado de la Cruz, bajo valiente A la arena del mundo, y á despecho Del enemigo vil siempre en acecho, He de ser vencedor omnipotente. Está mi fuerza en Dios! el casco ceño, Y al lanzarme seguro á la pelea Grabo sobre el broquel, bajo mi nombre, Para que lema y juramento sea: Para adorar á Dios, quiero ser niño! Para luchar por Dios, quiero ser hombre!

R. FRACQUEIRO.

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERRERA.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 8 movimientos. Solución del problema publicado el domingo 15 del corriente. 1. T a 5-R toma C.—2. D toma P ♣♣.—Una variante.



Tomo III.

México, Domingo 5 de Noviembre de 1893.

Núm. 120

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XXXVII

•Rorré:

Ya me imagino que estarás muy enojado conmigo porque no te escribí luego luego, como tú deseabas. Pero, mira, no fué por culpa mía. Llegamos muy tarde, y yo muy cansada, cansadísima, que toda por iteración es corta. Estos caminos son muy bonitos, lindísimos, pero muy pesados. ¡Qué cuevas! ¡qué desfiladeros! Pero... ¡qué paisajes! Tú que eres tan afecto á todas estas cosas, quedarías encantado. Por todas partes bosques espesos, que parece que no los ha tocado la mano del hombre; por todas partes siembras, ranchos y cabanas. Y de flores, ni se diga; he visto unas en los troncos de los árboles, y otras, enredaderas, que son para alabar á Dios. Y eso que estamos todavía en invierno. ¡Qué será en Marzo y Abril!

Al otro día me puse á arreglar la casa, que estaba atroz. Francisca no sirve para nada; la pobre está vieja y enferma, y ya no tiene fuerzas para estos quehaceres. No la saques de la cocina, porque no hará nada. Ya sabes que no soy perezosa; digo á trabajar, y... ¡á trabajar! Ha quedado la casa lindísima, lindísima, porque el orden y el aseo todo lo embellecen. Cuando llegamos todo estaba triste y sombrío; lo que es ahora, da gusto pasearse por estas piezas. Sólo yo no tengo gusto para nada, porque tengo una tristeza que me mata. A cada rato me dan ganas de llorar. Me escapo, me voy al jardín, ó á la iglesia, y allí, solita, sin que nadie me vea,

lloro y lloro por tí. A veces creo que estoy sola en el mundo; que nadie me quiere; que tú ya no piensas en mí, en tu pobre Linilla... Pero tengo ratos de alegría, muy dulces, cuando pienso en que me quieres mucho, mucho, y en que estarás taciturno, cabizbajo, melancólico, apesadumbrado por mi separación. Y me digo: «¡Mejor! ¡Mejor! ¡Que se apene! ¡Que padezca! ¡Eso será señal de que me quiere y piensa en mí! Perdoname. El amor es egoísta. Deseamos la dicha de la persona amada, y sin embargo nos complace que padezca y lllore como nosotras. ¡Verdad que tú piensas mucho en mí! ¡Verdad que estás triste, y que hasta tienes ganas de llorar porque no estoy allí, á tu lado, y no me ves, ni oyes mi voz? Yo sí te veo, te veo á todas horas, y no en retrato. Entorno los ojos, y luego aparezco delante de mí, igualito, como eres... Y te hablo, y me hablas, y eres conmigo muy cariñoso, muy tierno! Y me miras, y te miro... Entonces soy dichosa, muy dichosa, y siento que soy la más feliz de las mujeres. Pero cuando me pongo triste y con ganas de llorar, entonces cierro los ojos y... ¡no te veo! He dado en pensar, cuando esto me pasa, que en esos momentos no me quieres, que no piensas en mí, que me has olvidado, que soy un cadáver en tu memoria. Y esto me aflige, me acorronja, me llena de amargura. ¡Será cierto que á veces te olvidas de tu Linilla? Pues tu Linilla no te olvida, ni te aparta un momento de su memoria. ¡Será cierto que en algunos momentos vives para... otra? ¡Verdad que no! ¡Verdad que sólo vives para mí!

Anteayer en la tarde salimos de paseo por las orillas del pueblo, que todas son laderas. Papá tomó asiento en una roca, y se puso á rezar el oficio, y yo, entre tanto, me eché por aquellos vericuetos, y subí y subí hasta un picacho desde el cual se domina algo de los valles de Pluviosilla y de Villaverde. Llegué á la cima, pero llegué fatigadísima, y es cierto que desde allí se dominan los campos de Pluviosilla, pero ¡ay! sólo un poquito, muy poquito, los cerros de Villaverde, nada más la punta del Escobillar. ¡Cuánto hubiera yo dado por ver, aunque fuera desde tan lejos, la Peña esa en la cual te sientas á contemplar la puesta del sol. Estaba el cielo muy limpio y despejado; ni una nube en esa región; y yo me decía: ¡quién fuera pajarito para volar hacia allá, y volar y volar en busca de Rorré, de mi Rorré. Sentada allí, entre el follaje, estuve pensando en tí; pero con muchas ganas de llorar... Era ya muy tarde; bajé, y á la bajada corté muchas flores, y como no puedo mandarlas, elegí un helecho que va dentro de esta carta. Lleva una costita... ¿á que adivinas? Te acuerdas que por la noche, cuando nos despedíamos, me pedías las flores que tenía yo en la cabeza? ¡Te acuerdas qué me decías?... Me da vergüenza escribirlo; pero tú me entiendes... Escribeme, Rorré. Escribeme, alma mía; mira que si no me pones cuatro letras, aunque sean cuatro letras no más, me voy á morir de pena. No seas perezoso, Rorré. Tú eres muy perezoso, y, aunque me quieres mucho, como yo á tí, eres capaz de no escribirme; á tiempo, y el mozo vendrá, y no me traerá carta tuya, y ten-